neral Azcárraga al poder; más probable parece el triunfo de la República, y á este propósito dicen los siguientes telegramas de ayer 21 de Julio:

«*El Liberal* combate al nuevo Gabinete de Villaverde, el cual, dice, huye de la presencia de las Cortes. Ha entrado—escribe—por la puerta falsa y saldrá por la ventana. Vemos venir un temporal deshecho».

Por último, inserta una carta de D. Joaquín Costa, en la que felicita al Sr. Salmerón por la formidable acusación que ha hecho de la Regencia.

«Habrá—escribe—abierto los oídos á los sordos y los ojos á los ciegos».

«*El País* supone que la pasada crisis ha tenido por objeto constituír un Gabinete de resistencia contra el avance de la ola republicana.

«Ha tenido—continúa—marcado carácter palatino. Significa la disolución del partido conservador. Este Gabinete será el último del actual régimen».—*(La Correspondencia de Valencia)*.

Nada, pues, falta á los «periodistas adivinadores» para declarar á *Luz Católica* inspirada por algún Profeta. Si no fuera por lo mucho que se nos ha tratado de visionarios é ilusos con motivo de estas cosas, no pondríamos aquí tales menudencias de periódicos, que parecen impropias de un libro; mas no lo son en nuestras circunstancias.

Periodista hubo—uno de nuestros más míseros y calumniadores adversarios—que, al salir nosotros á campaña, llevó mil sandeces contra *Luz Católica* á *El Correo Español* y *La Voz de Valencia*, burlándose de nuestras previsiones muy á placer suyo. Poco después ya quería pasar él por profeta en dichos colegas, y hoy no le llega la camisa al cuerpo, pensando en los horrores que vienen y emborronando muchas cuartillas para expresar su miedo. No decimos más, porque sería tanto como publicar su nombre.

Así *El Correo Español* como *La Voz de Valencia*, se han desengañado al par de otros periódicos; ahora ven nubarrones los que antes nada veían «en doscientas leguas á la redonda del planeta que habitamos»,

como dijo el primero. De éste hemos copiado y aun copiaremos algún parrafillo. De *La Voz* se va á leer lo que sigue:

—«*Cumplimiento de una predicción.* ¡Esto se va!... ¡Esto se va!, decía en ciertas Cortes de cierta legislatura un hombre que era sabio, orador, jurisconsulto, poeta y español de antigua usanza.

Y en verdad, aquellas palabras eran una profecía, pues ¡esto se va!... La mentira, la envidia, el odio, la lujuria, los rencores, el desprecio á todo lo digno de respeto, los insultos, el ateísmo práctico, invaden las páginas de los periódicos, hacen gemir las prensas.

El veneno no está ya en los vasos rotulados que avisan el peligro, no; el veneno está disuelto en el aire y destroza y mata.

La disensión entre dos caciques republicanos ó entre uno que lo es y otro que aspira á serlo, ha sido causa de que viéramos todos cómo se tiran á la cara la podredumbre interior, cómo se revuelcan sobre el odio, cómo revuelven el fango...

No se perdonan familia, nombres, apellidos, respetos al pudor social; todo, todo es preciso destaparlo para que huela, para que se hunda el más débil, para alucinar más y más á esas infelices huestes comandadas por su falta de luces, víctimas de ambiciosos que luchan á latigazos, á patadas y á la greña.

¡Esto se va!... Ya no hay frenos; nada se salva de la calumnia y del insulto; no es posible el buen gobierno; el celo por el bien general y particular, porque aturde el trueno de los mueras y los apóstrofes.

Se incita al pueblo á que como *Señor*, como *Rey*, haga de verdugo, manchando su fingido manto de armiño y la corona de relumbrón que le ciñen sus engañadores, y rompa decididamente los lazos de todo deber.

Y se leen todos los días estas cosas, sin que los diarios se denuncien; quedan impunes tantas infamias, creciendo el mal como el cáncer que devora ó como la fiebre que abrasa.

No se paran en sus insultos procaces; la figura grandiosa y paternal de León XIII, venerada por reyes y emperadores, estadistas, literatos, sabios, genios católicos y no católicos, se ve escarnecida, y al gran Pontífice se le llama «*pobre* viejo» con desprecio; se le achacan los males de España por su influencia en nuestros gobiernos (¡!), y se llega hasta decir que si con la muerte de León XIII se acabara el Pontificado, cabría desearla...

Es horrible... ¡Esto se va!...»—(*La Voz de Valencia*, 19 Marzo 1903).

Nos viene á la mano un recorte de *Ausetania* que coincide con lo anterior de este modo:

«Claro es que la Iglesia Católica, siendo inmortal por su propia naturaleza, no podrá caer muerta, ni por todas las acometidas de sus infernales enemigos, ni por las disensiones de sus propios hijos que la habrían de defender. El Divino Fundador le ha prometido su asistencia durante todos los siglos; y estamos seguros de que lo que no consiguieron los gigantes que ya pasaron, tampoco lo han de ver los pigmeos que todavía viven.

Pero no puede negarse que si los católicos españoles de buena cepa no hacen algo más que *lamentar lo que se avecina,* y no se unen para salvar la Religión y la Patria, habrán de ver, por más que lo lamenten, la caída de muchos templos y el infierno en sus propios hogares».—(30 Mayo 1903).

Mirando lo porvenir.

«Para todo el que con espíritu de calma y perfecta imparcialidad se para un momento á considerar el estado de transición de la política española en estos momentos, el espectáculo que á sus ojos ofrece nada tiene ciertamente de consolador y lisonjero.

Marejada en las alturas y merejada en el pueblo. Arriba, crisis; abajo, desorden. El gobierno vacilante, incierto del rumbo que ha de seguir en las actuales difíciles circunstancias; los partidos políticos, trabajados por hondas excisiones, divididos, disgregados; el pueblo inquieto, agitado por febriles pasiones é impaciencias, dejando á cada paso traslucir su malestar, disgusto y descontento. Esto es lo que se ve, lo que se oye, lo que se palpa por todas partes.

No por vana figura retórica, sino por íntimo convencimiento nacido de la atenta observación de la realidad, podemos afirmar que nos hallamos en pleno período de transición. Los partidos medios desaparecen, se disuelven, mueren. Todo induce á hacer creer que ha sonado ó está próxima á sonar la hora proféticamente anunciada por Donoso Cortés, aquel gigante de la tribuna española: la hora en que «las palomas se dirigirán al oriente y las arpías al occidente».

Sobre las ruinas de la vieja política, levántanse hoy los partidos extremos: los radicales á un lado, los católicos al otro.

Comienzan á deslindarse los campos; la lucha va á ser en lo porvenir entre elementos y fuerzas bien definidos, lucha de todos los odios contra todas las virtudes, de todas las tira-

nías contra todos los derechos, de las sombras con la luz, de Satán con Cristo, del socialismo revolucionario contra el catolicismo, fuente y principio de todas las santas libertades y derechos.

Confiamos en que el éxito de la batalla habrá de decidirse no por medio del maüsser, ni del cuchillo, ni del garrote, sino de las ideas y principios, porque cremos sinceramente que la fuerza destruye pero nada crea, y sólo tenemos fe en la virtualidad de la idea.

¿Quién triunfará? fácil sería adivinarlo, si los católicos se unieran con la misma fe y entusiasmo que, aunque de una manera aparente, acaban de unirse los republicanos y socialistas».—(Varios periódicos. Mayo de 1903).

La desunión de los católicos no es la causa principal de nuestro presente estado, antes bien ella es efecto de otra causa mayor, bien que mientras ella exista, no triunfaremos. Las causas son múltiples. En su concepto religioso las conocemos todos; en su concepto social son menos conocidas, y no acabarán de serlo sino cuando venga la paz, comparando las causas de ésta con las causas que la impedían.

A 8 de Marzo del año corriente celebróse en el Colegio Dominicano de Corias (Asturias) una gran velada literaria en honor de Sto. Tomás de Aquino. Reseñábala *El Universo* unos días después, y hablando del discurso pronunciado por el P. Fr. Emilio D. Colunga, decía lo siguiente:

«Averiguó después las causas de esta situación lamentable y quejóse amargamente de que sea uno de sus principales motivos el socialismo, que reclama la abolición de fronteras y destrucción de razas y nacionalidades.

Sin embargo, el orador mostró esperanzas de ver algún día la paz internacional completamente realizada; vió claros indicios de ella en la Unión Postal y Telegráfica... etc., y sobre todo en el Congreso que ya funciona en La Haya; esperaba que las guerras se acabarían por completo y «los soldados se convertirán en obreros, los fusiles en azadas y los cañones en telescopios»; y lo esperaba, porque también lo esperaba León XIII, como lo mostró citando sus palabras; y terminó aclamando ese día venturoso en que la paz internacional viva en los corazones de Estados y pueblos, de gobernantes y gobernados.

Una salva interminable de aplausos fué clara muestra del agrado con que recibió el público este discurso, interrumpido antes por exclamaciones de aprobación».

Dedúcese de todo lo dicho que en España vamos ya pensando todos de la misma manera.

El sentir de la prensa católica en general es tan unánime, que no hay ya un solo periódico que no repita de diversas maneras lo anunciado en los recortes de este capítulo. *La Señal de la Victoria* está publicando un extracto de lo que dice nuestra prensa, como hacía *Luz Católica*: es digno de leerse; edifica ver la unanimidad con que todos los católicos de letras aprecian lo porvenir y los medios eficaces de vencer la revolución masónica que tenemos encima.

Pero hay varios publicistas católicos que en su manera de ver tienen entre sí más puntos de contacto que los otros; á tres de los aludidos vamos á consagrar unas líneas.

IV

Tres expresiones de una misma idea.

Don Ramón Nocedal.

«El espíritu revolucionario ha cambiado en realidad cristiana la actual realidad que conviene á Europa en un conjunto de incendios y de volcanes próximos á estallar...

»La Iglesia está llena de luz, resplandeciente de lujo, pero es una catacumba de donde no quieren dejar que salga la palabra de Cristo. De allí no se va á las fieras, antes por el contrario nos quieren envilecer á fuerza de dignidades y regalos. Yo pido con toda mi alma que acaben pronto las catacumbas doradas y que vuelvan aquellas catacumbas primitivas.

»Señoras... seguid defendiendo el hogar cristiano y la santidad del matrimonio, contra el cual se arrojan el matrimonio civil, el divorcio y el amor libre (después de hacer guerra á la perfección evangélica), que ya vienen predicando los hijos naturales del socialismo y el anarquismo. A defender el hogar cristiano, á formar los hijos contra el poder liberal.

»Formad en la familia para que la fuente de la sociedad dé corazones que luchen en la vida política por la patria y por la fe; y vosotros, gallegos de los dulces paisajes y de las ciudades monumentales, apercibíos á la defensa; mañana será tarde. La centralización os arruina ya, pero llegarán días en que el envilecimiento sea completo, si no acudís á los comicios á defender la fe de Cristo y los derechos del pueblo. .

. . . .

»Y no se nos diga que nos hemos opuesto á la unión de los católicos. Eso es una calumnia. Nos hemos opuesto y nos opondremos á la unión de los católicos con los liberales.

»Cierto que es triste ver izada la bandera francamente anticatólica con un cinismo que hubiera parecido imposible hace algunos años, pero á mí no son esos los que me asustan, porque se presentan renegando franca y públicamente de Jesucristo, y demostrando con su conducta la razón que asistía al Papa para llamarles imitadores de Lucifer; á mí no son esos los que me espantan; los que me asustan son los que van á la Iglesia conmigo, se dicen hijos de Jesucristo, adoran al

mismo Dios que yo adoro, recitan la misma doctrina, comulgan y reciben los mismos Sacramentos que yo, y después de tranquilizar y acallar de esta manera á los católicos, lo esperan todo de la piedad privada, recomendando orden y prudencia, y por evitar mayores males van consolidando la obra de los radicales y adormeciendo á los católicos, envileciéndolos, encanallándolos y dando así bríos á la fuerza revolucionaria.

»Los que me aterran son los que dicen que hay que contentarse con la hipótesis, que hay que conformarse con la realidad... como si no existiera la libertad humana, la Providencia divina para trasformarla; como si Jesucristo no hubiera venido á enseñarnos á trasformar la realidad pagana en realidad cristiana».—(Discurso pronunciado en el teatro de Santiago).

Desde que el Sr. Nocedal pronunció en Santiago de Galicia las anteriores palabras, las cosas se han agravado y él ha seguido en su expresión la gravedad de las cosas. De sus imponderables discursos en el Congreso de los Diputados, podríamos tomar largos capítulos; pero nos bastan los siguientes párrafos del que pronunció á 15 de Julio:

«España en otros tiempos era *finis terrae*, hoy está amenazada de ser el centro y el campo de batalla del futuro conflicto universal. Así como en otros tiempos éramos camino y vínculo entre América y Europa, y Sevilla el punto central, el imperio de las riquezas que iban y venían, hoy, por estar entre Europa, Africa y Asia, estamos en medio de la corriente á donde parece inclinarnos el movimiento y la vida. Estar al lado del Mediterráneo es ya estar en una posición verdaderamente estratégica; pero estar en el Océano ó en el Atlántico, tener los puertos que poseemos en ambos mares, y además las rías gallegas, y Portugal al Ocaso y Gibraltar al mediodía, es estar amenazados de ser el campo de batalla donde diriman todas las naciones la lucha de lo porvenir.

Y yo pregunto al Sr. Presidente del Consejo de ministros: Aunque gastemos todo lo que España puede gastar, ¿tiene hoy España los medios para crear y mantener la escuadra y el ejército que necesita, no sólo para defenderse de tal ó cual nación, mil veces más poderosa, sino para resistir el choque de todas las naciones á la vez? O yo soy el ciego y el loco, ó es locura y ceguedad presumir que España tiene hoy medios de ponerse en el estado de defensa que es menester. Y no vale decir que se buscarán alianzas. ¡Pobres de nosotros si nos

aliamos con poderosos! Seremos sus víctimas. Verdad es que si no nos aliamos con nadie, seremos víctimas de todos. . . . .

«Hay algo más que hacer. La revolución desde arriba ha de ser para deshacer todo lo mal hecho; es volver al punto de partida; es, en primer lugar, restaurar la unidad de pensamiento y acción, fortalecer el vigor de la raza; no sólo el vigor material, sino el vigor moral, constantemente quebrantado, deshecho y pulvererizado por esas malditas libertades que han hecho de España, no ya una colección de partidos y clases en guerra constante, sino un montón de átomos disgregados, traídos y llevados á merced de todos los vientos.

Lo primero que hay que hacer, lo que urge y no se hace en poco tiempo, ya lo se; es acabar con todos esos gérmenes de discordia, suprimir la libertad del error, y buscar y afirmar la unidad de la verdad. Sin eso, ¿qué es lo demás? Como estamos de desgarrados y envilecidos, ¿qué se puede esperar? Sólo así se puede recobrar la esperanza de remedio; sólo así se puede recobrar la vida que se nos escapa, y el movimiento, y la fuerza, y alguna esperanza de llegar al puerto de salvación.

Y no me llaméis reaccionario ni retrógrado, que no lo soy. Yo no quiero volver atrás; yo no quiero ir adelante, y subir, y prosperar; lo que quiero es arrancar de mi patria las huellas espantosas de dos siglos de retroceso, de dos siglos de constante ir hacia atrás, peor que eso, de ir hundiéndonos en insondables abismos: yo quiero encender la fe, renovar las ideas y principios, restaurar ó substituir las instituciones que nos hicieron grandes, que nos hicieron dueños del mundo, que nos hicieron los primeros agricultores, los primeros jurisconsultos, los primeros políticos, los hombres de ciencia más eminentes, los maestros de todas las naciones, que hicieron á España reina y señora de la tierra. A eso quiero que vuelva España; y apoyándose en aquella incomparable grandeza, y borrando estos dos siglos de retroceso borbónico y de retroceso liberal, proseguir y aspirar á grandezas aun mayores si es posible».

Ahora bien; compárese todo esto con lo que *Luz Católica* dijo y repitió mil veces; ora deduciendo consecuencias de las profecías, ora juzgando por la filosofía providencial de la historia, y se verá claro como la luz meridiana que Nocedal y nosotros casi no discrepamos un ápice en juicios y aspiraciones sobre nuestro presente y nuestro porvenir, sobre todo en la idea de que España es la llave de los destinos del

mundo. A falta de *Luz Católica*, ahí está el presente libro confirmando lo que decimos.

Y pues hablamos del Sr. Nocedal, permítasenos repetir lo siguiente, del núm. 42 de *Luz Católica:*

«De todos modos, yo tengo mis razones secretas, pero sólidas, para creer que el Sr. Nocedal ha de desempeñar un papel muy principal al lado del Gran Monarca, junto con otros carlistas, integristas, y simplemente católicos».

Si el lector piensa que uno de esos carlistas puede ser Mella, aceptaremos su opinión, pasando ya á leer algo de este orador insigne.

D. Juan Vázquez de Mella.

«Clámase ahora por la unión de los católicos, como se clama siempre que las circunstancias se presentan difíciles dentro de las situaciones doctrinarias; se busca la unión, como panacea para curar los males de los creyentes, cuando la tempestad arrecia: y cuando la revolución es mansa, nadie se acuerda de la unión: sólo se busca ésta en los momentos supremos.

Pues por mi parte temo más á la revolución mansa que á la revolución desordenada y fiera: con ésta deseo combatir, porque despliega una bandera, dice á dónde va y lo que quiere, y es por tanto grato al creyente luchar con ella, sabiendo que su vida tiene que ser de lucha y de combate; pero la otra, la revolución mansa, es difícil de desenmascarar, por presentarse á veces como heraldo de la fe y hasta con apariencias místicas, con lo que engaña á los incautos, que se dejan seducir, sin que sus intenciones sean menos perversas que las de aquélla. Merced á esa revolución mansa hemos llegado á caer en un estado de completo enervamiento nacional.

Por eso, insistiendo en la defensa de mis ideales, para la batalla que se avecina, opongo principios á principios... Apelaré á todos los recursos para combatir al enemigo, no para traicionarle; por los medios pacíficos y legales no se ha hecho nunca en la historia una revolución seria. . . . .
. . . .

«He visto que se acercaba la suprema y definitiva batalla social, y me he retirado á prepararme en el estudio y ante el altar, afilando mis armas para tomar con fruto parte en el combate, dispuesto á defender una almena de nuestras tradi-

cionales fortalezas y á clavar mi arma en el mismo corazón del enemigo...

Abrigo el presentimiento de que el día en que se apague una lucecilla, que sigue enviando sus destellos desde las cumbres del Vaticano, vendrá la avasalladora ola negra, arrastrando consigo trozos de altares y astillas de los tronos, en compañía de una nube siniestra y sombría, signo de la tempestad: y llegará pronto una noche en que no quedarán en pie más que dos ejércitos en línea de combate, dispuestos á librar la descomunal batalla; esta noche no la temo: sé que vendrá: más bien la deseo: ya tarda demasiado, haciendo con su tardanza que se gasten las resistencias necesarias para el combate... y, pasado el momento supremo, al pie de la cruz quemada surgirá triunfante un nuevo altar».—(Discurso pronunciado en el teatro de Santiago).

Meses después, en el Tívoli de Barcelona, pronunciaba Mella uno de sus más arrebatadores discursos y decía:

«Las olas de la revolución braman enfurecidas en torno de la desmantelada nave doctrinaria que sólo lleva á bordo y como defensa la discordia agrupada debajo de enseñanzas rasgadas, donde se lee como recuerdo que sirvió de grito de combate ese epitafio del honor que se llama el *Tratado de París*.

Y las olas que se enfurecen y avanzan, ¿qué traen sobre sus espumas? ¿La República? La República, acerca de cuyo apellido guardan silencio sus partidarios como única manera de encontrar en la mudez el acuerdo, no es más que una ola que avanza porque la empujan otras más grandes y enrojecidas que vienen detrás.

No habrá extendido el velo de sus espumas sobre la playa y las rocas que hayan recogido los restos deshechos de la nave doctrinaria, sin que una cordillera movible de aguas encrespadas la envuelva, y otra aún más grande avasalle á la anterior y, lanzando bramidos aterradores, se desborde, inundando toda la llanura.

Sólo en la barrera que marcan las montañas donde se han estrellado tantas irrupciones se detendrá ese mar. Y cuando empiece á retroceder y vuelva á reposar en el hondo cauce de donde sólo le saca la ira de Dios, no quedarán en la llanura ni en la playa desolada más que los despojos de esas naves que se destruyen unas á otras sobre un océano llamado á destruirlas todas.

No son éstos momentos de desmayos cobardes, sino de

virilidad resuelta, en que es faltar al deber no redoblar la energía. Pero no basta que nos agrupemos con resolución varonil los hombres; es preciso no consintamos en la dispersión de los principios. Integra ha de permanecer la bandera sin separaciones absurdas entre la Religión y la patria, entre el regionalismo y la Iglesia. El regionalismo será católico ó no será. La patria grande y pequeña, regional y común, es, antes que la tierra que se pisa, las tradiciones que enlazan á las generaciones que nos precedieron, y la base de esas tradiciones y la primera de todas es la religión. Sólo creyendo lo que amaron y creyeron nuestros antepasados podemos llamarnos sus sucesores y no ser anillo desprendido y roto de la cadena que ellos forjaron con sus espadas sobre el ara de los altares».

Mella no nos copia; sabe más de lo suficiente para que no haya menester copiarnos; pero Mella ha dicho, tan terminantemente como Nocedal, lo mismo que *Luz Católica* viene diciendo desde su primer número: que la suprema y definitiva batalla es inminente; que después de León XIII viene la ola negra de guerra y cisma; que al llegar ésta, no habrá carlistas, neutrales, etc., sino dos ejércitos, el de Cristo y el de Belial; que esta tempestad religioso-social es necesaria para que se purifique el mundo, y por lo tanto Mella desea que venga pronto, como Nocedal y nosotros; y que después aparecerá el arco iris de la paz, y «al pie de la Cruz quemada surgirá triunfante un nuevo altar».

Mella, Nocedal y el que esto escribe aprecian de igual manera las circustancias y prevén el mismo desenlace. Nocedal, Mella y nosotros somos *tres expresiones de una misma idea*.

Ya es tiempo de obrar.

Por lo que á nosotros hace, sabido es que no fiamos el desenlace á las palabras, sino á la acción; y aunque no lo parezca, es oportuno decirlo y repetirlo aquí: A este propósito, hacemos nuestra la introduc-

ción de un magno artículo que el P. Vilariño publicó hace un año en el *Mensajero del Corazón de Jesús*, y es como sigue:

«*¡Esto está perdido! ¡Esto no tiene remedio!*

He aquí una de las poquísimas cosas en qne convienen la inmensa mayoría de los hombres buenos en España. Considerándonos en alta mar como en aquella nave, que pintaba un poeta, sin timón y rota, incendiada del rayo y mecida por la borrasca, exclamamos desesperados y abatidos:

El huracán arrecia, el bajel arde
Y es tarde ¡ay! es muy tarde
Para alcanzar la sosegada orilla.

¿Y por qué ha de ser tarde? ¿Por qué ha de estar ya todo perdido? ¿Por qué no ha de haber remedio? ¿Qué nuevo genio del mal se ha levantado, que pueda lo que no pudo Arrio, lo que no pudo Lutero, lo que no pudo Voltaire, lo que no pudo Bismarck, y nos obligue á clamar llenos de abatimiento: «¡Estamos perdidos! ¡Es tarde! ¡ay! ¡es muy tarde!».

¿Cuándo es tarde para un católico? Somos un ejército que no tiene nada de vencido, sino que por miedo verdadero y falsa prudencia está contentándose hace ya mncho tiempo con decir que está el mundo muy malo, y con batirse en retirada, sin saber en gran parte de quién ni por qué se retira. Cambiemos de conducta y, volviendo el rostro, convirtamos la retirada en ataque, el ¡estamos perdidos! en grito de victoria, y el ¡es ya tarde! de los pusilánimes en el ¡no prevalecerán! del Evangelio..... Haciendo lo que está de nuestra parte, pero confiando en solo Dios, creamos que todos los anticlericales, aunque fuesen más numerosos, más sabios y diestros de lo que son, ni aun así podrán vencer si nosotros no queremos».

A esto del P. Vilariño nos permitimos añadir las siguientes palabras de un artículo que en Marzo de 1902 publicamos en una revista católica:

«Nada tan oportuno hoy como recordar el examen de amor á que Jesucristo sometió á S. Pedro para confiarle la solución de todas las cuestiones religiosas y sociales.

—Pedro, ¿me amas más que todos estos?

—Señor, bien sabes que te amo.

—Pedro, insiste Jesús, ¿me amas?

Y S. Pedro responde lo mismo:—Señor, tú sabes que te amo.

—Pedro, la pregunta por tercera vez, ¿me amas?

Y S. Pedro, casi llorando de tristeza por aquella aparente desconfianza, le responde:

—Señor, Tú que lo sabes todo, bien ves cuánto te amo.

Entonces Jesús le manda que apaciente sus ovejas.

No le pregunta si sabe, si habla bien ó si tiene poder; pregúntale si le ama, no una, sino tres veces.

Corazón es lo que falta; las teorías de los sabios no salvan á los pueblos, sino los hombres de corazón, y yo no los veo por ningún lado. Todo son discursos de cabeza, pero los del corazón no parecen.

La solución de todas las cuestiones sociales, más que la doctrina—con ser ésta tan necesaria,—es el corazón, es el amor de Cristo, y sin él vamos al cataclismo social.

¡Charitas Christi urget nos!»

En una palabra: más que entendimiento de cabeza, hemos de tener *entendimiento de manos*, como dice un Profeta. Si hablamos mucho y obramos poco en defensa de Cristo, no amamos á Cristo: obras son amores y no buenas razones, dice el proverbio común.

CAPÍTULO VIII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROGRAMA CARLISTA

CAPÍTULO VIII

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROGRAMA CARLISTA

I

Creencia antigua y variación moderna.

El imperio del Gran Monarca es de programa carlista.

El Españolismo, ó sea el Carlismo auténtico ó tradicional, es una cosa; las profecías que hemos dado á conocer son otra muy diferente. No es necesario creer en éstas para ser españolista; pero nunca lo será perfecto el que sin serio examen las rechace, ya que tan íntima relación tienen con España; y menos lo será el que fíe á la política moderna la restauración de la Patria, sin hacer caso de la filosofía providencial de la historia, que claramente nos conduce á los mismos desenlaces anunciados por los profetas.

Repitámoslo en oposición á lo que dicen algunos adversarios tontos: el Españolismo no son las profecías, no es la creencia en el Gran Monarca anunciado por mil profetas; pero tampoco las profecías ni el Gran Monarca son el carlismo, y sin embargo, el carlismo en masa creyó aquéllas y esperó firmemente en éste, cuando algunos escritores vincularon las profecías á

D. Carlos. La creencia fué tan general y arraigada, que antes de la última guerra y al principio de ella vino casi á formar parte del programa carlista. Es más; sólo hace unos diez años que se leyó en el Círculo carlista de Valencia un discurso nuestro, en el que tratábamos de profecías aparentemente aplicables á D. Carlos, y el discurso fué aplaudido hasta el frenesí y se trató de publicarlo, á lo cual nos opusimos; pero la prensa carlista habló de él.

Cuando los carlistas de personas han creído ver que D. Carlos no puede ser el Gran Monarca anunciado por tantos profetas, entonces todas las profecías han sido patrañas para ellos, y eso del Gran Monarca un armadijo con que engañar á tontos; entonces el carlismo que admitió las profecías como verdades evangélicas, las rechazó como burdas fábulas indignas de hombres serios.

Pues nosotros, herederos del espíritu carlista auténtico, seguimos creyendo en profecías y esperando al Gran Monarca: nosotros no variamos; creemos lo que el carlismo en sus buenos tiempos creyó; ó por mejor decir, no creemos, pues lo vemos claro, muy claro.

En 1869 publicóse en Lérida, imprenta de M. Carruez, un libro compuesto por D. J. Lascoé M., que no era otro que el Dr. D. José María Escolá, fundador de la Academia Bibliográfico-Mariana de dicha ciudad. Titulábase el libro: *Historia del porvenir sobre el imperio del Gran Monarca y triunfos de la Iglesia Católica hasta el fin del mundo, según las profecías más célebres antiguas y modernas;* y excusado es decir que todas las aplicaba á D. Carlos, por lo que mereció de los carlistas una acogida entusiasta, que á los dos años hizo publicar otra edición corregida y muy aumentada, sin nombre de autor.

Este libro, por cierto de crítica muy floja, fué el primero de profecías que la Providencia puso en nues-

tras manos. Al principio nos burlamos de él; después vimos algo serio, y empezamos á separar el grano de la paja. Así, pues, en un libro carlista y muy grato á los carlistas aprendimos á creer en las profecías sobre el Gran Monarca y á interpretarlas con más ó menos acierto. Después, derrochando dinero, adquirimos más de cien volúmenes sobre la misma materia, casi todos aprobados con elogio por la Autoridad Eclesiástica. Pues bien; en el libro del Sr. Escolá, que si mal no recordamos mereció al autor una felicitación del propio Sr. Duque de Madrid, leemos la siguiente Dedicatoria, que es el sello carlista:

«Al Sr. D. Carlos de Borbón y de Este.—Señor: El mayor servicio que puede hacer un vasallo á su Rey es revelarle los secretos del porvenir.—Baltasar premió á Daniel con los mayores honores, á pesar de haberle anunciado el próximo y horroroso término de su reinado.—A. V. M. no se le anuncian desgracias, sino grandezas y glorias las mayores.—Sin embargo, el que en nombre de tantos vates os descubre vuestros destinos futuros, sólo os pide que correspondáis con fidelidad á vuestra elevada misión.—Á los Reales pies de V. M.—J. LASCOÉ».

Es más; en cien lugares de su libro cierra terminantemente el Dr. Escolá las profecías á favor de Don Carlos, en lo cual se conformó con la opinión entonces general.

También nosotros al principio creímos que el Gran Monarca no podía ser otro sino D. Carlos, según las profecías; pero luégo salimos de nuestro engaño estudiando á los Profetas y comparándolos con la filosofía de la Providencia, y entonces, aunque sin excluír á D. Carlos, fuimos como Daniel, para anunciarle desgracias que se van cumpliendo. Mas los carlistas de personas no lo hicieron así; despreciaron las profecías cuando vieron que su aplicación á sólo D. Carlos no podía sostenerse tan bien como antes, y de un dogma carlista hicieron un objeto de burla.

Con frecuencia ha demostrado *Luz Católica*, prescindiendo de profecías y valiéndose de la filosofía

providencial de la historia, que el Gran Monarca debe venir, y muy pronto; pero de todo se han burlado esos contumaces que consideran agotada la Omnipotencia de Dios en D. Carlos, y hasta se han mofado como pobres imbéciles del imperio universal que su propio Rey vislumbró y predijo, introduciendo vastísimos horizontes en el campo carlista. Sí, señores, carlista es la idea del gran imperio por obra de España; ¿por qué la rechazáis ahora, vosotros que un día la admitisteis como indudable? He aquí lo que dice D. Carlos en su *Diario*:

«La raza latina tiene que salvarse ó perecer para siempre. No creo que esté destinada á esto. Entonces necesita una unión, pues ha pasado el tiempo feudal; se acaban las naciones, y de las razas es el porvenir. Prueba de ello, Alemania, Rusia y los Estados Unidos. ¿Quién sabe si á los Borbones les ha reservado la Providencia esta misión? (1). Pero de todos modos, traten ellos de hacerse dignos.

»Esto pensaba yo en mi retiro de Ebenzweyer, luego de casado; pensaba en una confederación latina; como español pensaba en unas cortes de la confederación en Madrid, como punto céntrico de los latinos de uno y otro mundo, y veía la bandera federal latina respetada por todos.

»La corriente del siglo XIX tiene su origen en la Revolución francesa. De pocos años á esta parte toma cuerpo en Europa otra idea, que es nueva y antigua: yo soy el *representante* de ella en España, y la veo desarrollarse como en ninguna parte. Estoy seguro que la veré triunfante. A pesar de los muchos desengaños, de las dificultades, al parecer insuperables, conservo viva fe en el triunfo. Sé que hemos de lograrlo á pesar de nosotros mismos; por esto no hago caso de las miserias que presencio, y tan sólo me paro á considerar los síntomas inevitables de salvación que veo para España, y tal vez para nuestra raza. *Estoy convencido que, si han de vivir los pueblos latinos, á España deberán la vida, y esa vida se mantendrá por los grandes principios que están escritos en nuestra bandera*».—(*Diario* de D. Carlos, 18 de Abril).

«Pero, por fin, ¿qué sucederá? Que no habrá en España más que una solución, y se sabrá que esta solución sirve para el caso. Eso es lo que sucederá y probablemente *de España*,

(1) El Gran Monarca es descendiente de la *rama antigua* de los Borbones y los Austrias, según todos los profetas.

no de Francia, vendrá la LUZ que Europa necesita y América también, y á su resplandor podrá empezarse la grande obra que reclama más que nadie esta vieja, abatida y degenerada raza latina, para la que todavía puede haber días de grandeza y bienestar».—*(Ibid.* 6 de Mayo).

¿Qué dicen ahora los ignaros esos que son carlistas sin saber por qué, y antiespañolistas sin saber por qué, y combaten las profecías sin saber por qué, como no sea porque éstas convienen poco á D. Carlos? ¿Qué dicen los que se mofan de lo porvenir y niegan la filosofía de la historia ó de la Providencia, sólo porque no conduce á concluír absolutamente en favor de D. Carlos? ¿Seguirán afirmando neciamente, en perjuício de la Iglesia, de la Patria y de la Monarquía, que nosotros hemos apostatado del Programa por ellos mantenido incólume? ¿Quién lo mantiene, quién lo llevará al triunfo con la ayuda de Dios, sino los que fielmente lo seguimos hasta en nuestras ideas sobre el Gran Monarca español y su imperio, que será la regeneración social del mundo por obra de España? ¿Puede afirmar eso D. Carlos y nosotros no, y decirse que si lo afirmamos somos ilusos, visionarios y enemigos del carlismo verdadero? ¡Cuán cierto es que es infinito el número de los estólidos!

(*Luz Católica*, núm. 92=10 Julio 1902).

Los destinos de España y el Gran Monarca.

El Iltmo. Sr. Martínez Vigil, Obispo de Oviedo, honra de la literatura y de la ciencia como de la Religión, publicó, bajo el título de *Clericalismo*, una brillante serie de artículos que reprodujeron varios periódicos. En la introducción hablaba de la vocación ó misión de España en los siguientes términos:

«Dice Renán que el pueblo que tiene una misión, no suele servir para otra cosa. Por eso el pueblo hebreo, que tenía la misión de preparar la venida del Mesías, no consiguió jamás, á pesar de los esfuerzos de Salomón y de Josafat, ser un pue-

blo como otros pueblos limítrofes suyos, y después que cumplió aquella misión, desapareció como pueblo. El pueblo español tiene también su misión histórica providencial: la de propagar la religión del Crucificado; sublime y grandioso empeño que dió á esta heroica nación dos siglos de oro. Y como semejante misión no tiene un término fijo, cual lo tuvo la misión de los hijos de Jacob, la perpetua fidelidad en su desempeño pudiera muy bien asegurar á España la perpetuidad de su existencia. De esa fidelidad viene apartándose la España oficial hace un siglo, decreciendo su grandeza y su poderío en proporción con su falta de correspondencia á su destino providencial; era potencia de primer orden, y hoy carece de toda representación en los conciertos de las naciones que dirigen los asuntos internacionales: opinamos en esto como Renán: el pueblo que tiene una misión, no suele servir para otra cosa.

A consecuencia del grande y último desastre nacional á que nos condujo la locura de querer ser un pueblo como otros pueblos, en vez de anudar el hilo interrumpido de nuestra historia para ser de nuevo un pueblo netamente español, al día siguiente de ese desastre, se esperaba de nosotros uno de esos arranques de regeneración que fuera como el despertar del dormido león, emblema de nuestra pujanza. Así lo afirma una acreditadísima revista extranjera, que nos ama de veras, para añadir con marcada pena: «Nos extraña el no ver por ninguna parte indicios de uno de esos arranques colectivos que han preparado la regeneración de tantos pueblos».

¿Quiénes fueron los culpables de que no hubiera semejante arranque? Lo hemos indicado ya, y algún día lo demostraremos. Hoy nos conviene insistir en el tema de la misión providencial de nuestra Patria amada.

Tema es este del que mucho ha tratado *Luz Católica*, hasta en la *Sección recreativa*, como en los números 10 y 16. Creen ó fingen creer nuestros gratuitos adversarios de hoy que la idea de esta misión, del providencialismo y del Gran Monarca es nueva en nosotros. Diez años lo menos hace ya, como se ha indicado arriba, que el Sr. Secretario de la Junta Provincial Carlista de Valencia leyó un discurso nuestro en una velada literario-musical que el Círculo Carlista dedicaba á la Inmaculada Concepción de María,

y en él decíamos lo siguiente, que arrancó no pocos aplausos:

«Nos bastaba *contener* (misión carlista) el desbordamiento de la impiedad, y lo hemos contenido. Por lo demás, si la Virgen está permitiendo nuestros infortunios nacionales, es para purificarnos con el fuego de la tribulación; es para que á fuerza de desgracias se convenzan todos los españoles de que la única salvación de la Patria está en la Fe Católica y en el amor de María; es para que, agobiados por la adversidad, abominemos de este liberalismo vil que nos la causa, y así abominándolo, seamos después *los salvadores del mundo*.

España va hundiéndose en el abismo de la impotencia y de la miseria. Pues esto, atribuirse debe á insigne favor de la Virgen, que por este medio, permitiendo que palpemos nuestra ruína, quiere que tengamos más motivos que otras naciones para odiar de corazón y de alma ese mónstruo de libertad que nos destroza. Y lo repito; así lo quiere, porque nos tiene destinados á que seamos de nuevo *los salvadores del mundo*. Hasta hoy lo hemos sido, y lo seremos en adelante.

¿Qué hubiera sido de Europa si nuestros padres no hubieran detenido al bárbaro muslim en las fronteras del Norte, y no hubieran enervado sus fuerzas con una guerra de ocho siglos? ¿Qué hubiera sido de América, si nuestros héroes no la hubieran descubierto, conquistado, civilizado y evangelizado? ¿En qué habría parado Europa si Carlos I y Felipe II no hubieran contenido la infernal reforma? ¿Qué sería hoy de Europa si nuestra armada no hubiese hundido la pujanza del turco en las aguas de Lepanto? ¿Cómo estarían hoy las naciones europeas si el gran invasor Napoleón hubiese podido quedarse en ellas con los mil millones de francos y los formidables ejércitos que dejó sepultados en España?

Lo que hubiera sido Dios lo sabe; pero toda vez que Lamennais y Claussel de Conserges han dicho que en esta última ocasión España salvó á Europa, bien podemos añadir que la salvó igualmente en las demás ocasiones.

Pues así en lo venidero, no lo dudéis, bajo la protección de María y el amparo de la Iglesia, salvaremos á Europa y al mundo. En mil profecías anuncian los Santos la futura gloria de España, de la cual aseguran que saldrá el Gran Monarca, aquel Monarca objeto de tantas profecías, que ha de dar la paz á la tierra.

Las falanjes de Mahoma por un lado, herejes furibundos por otro, pretenderán invadir el mundo; pero este Gran Monarca los exterminará y se apoderará de la Tierra Santa, á

cuyas guerras acudirán, según el B. Nicolás Factor, legiones de voluntarios españoles.

Este Gran Monarca há de ser, creamos á los Santos, el que de acuerdo con el Gran Pontífice Angélico, igualmente anunciado, dará á la Iglesia días de paz cual nunca se han visto, y hará de la tierra un solo templo donde se adore á Dios en espíritu y verdad.

Ahora bien; ¿quién ha de ser el Gran Monarca? Yo no lo sé; pero sé que la Sibila Casandra y después S. Isidoro de Sevilla y Sta. Brígida dijeron que saldría de España. No sé, repito, quién ha de ser el Gran Monarca; pero puedo deciros con Sta. Cata Catalina de Racconigi que pertenecerá á la casa de Borbón.

Su nombre Dios lo sabe; pero oyendo estoy á S. Vicente Ferrer que dice á los barceloneses: «Él, el gran Duque Carlos, conducirá de nuevo al Pontífice á la ciudad del Sol, y por el mismo Pontífice será coronado Emperador de Oriente y de Occidente».

«¿Os admiráis? Pues así está escrito, así ha de ser, y así será».

Esto escribí y se leyó ha tantos años; todos los carlistas de Valencia lo oyeron, todos lo aplaudieron, y en periódicos lo elogiaron. Y ahora, ahora... los oficiales no lo quieren entender, dicen que soy un iluso, un fanático, un traidor, un vendido, y del Este al Oeste y del Norte al Sur me acusan todos de que divido á los católicos con estos seductores embustes, cuando por la unión lucho, padezco y me sacrifico; cuando los únicos que impiden la unión son ellos, ellos, y por eso los buenos católicos les combatimos, de acuerdo con los buenos carlistas.

(*Luz Católica*, núm. 31=2 Mayo 1901)

"Nolumus hunc...,,

Entré una vez en cierto hospital de desahuciados, y ví con espanto la desesperación pintada en aquellos rostros cadavéricos. Fortísimos lazos me unían con los desesperados enfermos de aquel asilo de la muerte; púseme, pues, á estudiar con verdadero ahínco cuál

sería la causa de que la muerte no saliese de aquellas estancias construídas para dar salud á los enfermos, y por fin hallé que la causa eran los médicos encargados de asistirles, todos egoístas, ignorantes, inhumanos, atentos siempre á su medro y no á la salud de tanto paciente desdichado. Palabras tenían muchas y muy bonitas; las obras eran muy feas, tanto como la muerte que en dicho hospital reinaba como señora absoluta.

Hallada la causa, busqué el remedio, y al fin dí con un médico notabilísimo que era todo abnegación é inteligencia para los enfermos que se le confiaban. Ponerse en sus manos era recobrar la salud. ¡Cuánto bien haría á mis queridos desahuciados del hospital de la muerte! A buen seguro que ésta huiría espantada, dejando paso á la vida en la enlutada vivienda de tantos cadáveres ambulantes.

Con el alma henchida de alegría presenté el médico á mis queridos enfermos.—Despedid á todos esos medicastros que os dejan morir, les dije, y confiaos á este que os salvará; porque su saber es grande y su celo por vosotros aun es mayor. Aquí donde tanto tiempo ha reinado la muerte, va á reinar la vida.

Esperaba yo que los desahuciados alabarían á Dios por tanta dicha... ¡Qué desengaño! A cajas destempladas me echaron de allí, colmándome de injurias, improperios, calumnias y amenazas, porque osaba proponer un salvador. Hechos á sus médicos homicidas, parecíales que en todo el mundo no podía haber uno bueno, uno que les sacase del hospital fatídico, y me tomaron por iluso, fatuo, mentecato, loco, negociante y traidor á los antiguos compromisos de amistad.

Tal vez mis lectores no sepan el nombre de aquel hospital. Se llama España; los enfermos son los sectarios de los partidos, cuyos jefes son los médicos, y el salvador ha recibido de los profetas el nombre de

Gran Monarca. La idea del Gran Monarca no ofende á nadie, pues todavía no se ha definido quién es el hombre, si favorable ó si contrario á tal ó cual partido ó á ninguno, si Carlos ó Ramón, Jaime ó Alfonso, fraile ó lego, sacristán ú obispo, corneta ó general.

Sin embargo, la mayoría de los desahuciados, de esos mismos que por *borreguismo* siguen á sus jefes ó rabadanes aunque no esperen de ellos la salud, al solo oir el nombre de Gran Monarca sublévanse como los enfermos del hospital de la muerte, ó bien exclaman frenéticos como los judíos. *¡Nolumus hunc regnare super nos!* «¡No queremos que ese reine sobre nosotros!» Y quien de ello les habla, pasa por fátuo, por iluso, loco y otras cosas peores.

¡No tenemos hombre! dicen doliéndose como el paralítico de la piscina; y cuando el Salvador se les presenta y dice que cojan su camastro y echen á andar, siguen tendidos burlándose de las intervenciones divinas en favor de los enfermos.

Hace menos de veinte años, apenas había un carlista instruído que no creyese firmemente en todas las profecías sobre el Gran Monarca; hoy á lo sumo, creen en *El hombre que se necesita,* y que sólo puede ser su jefe, así Dios les presente uno de cincuenta codos más de talla, cien veces de mejor cabeza y mil de mayor corazón. ¡O Don Carlos ó nadie!

Pero ¿quién os *aseguró* que D. Carlos *no puede ser* el Gran Monarca? ¿Es que Dios no tiene ya facultad para convertir las piedras en hijos de Abrahán? Queréis la salvación y acoceáis la idea salvadora... ¡Sois unos ignorantes desdichados!

De los demás, unos lo toman á broma, otros dudan, otros creen lo que les da la gana, la mayoría discurren como agudos *suístas,* y relativamente son pocos los que aceptan la idea por haberla estudiado. No es maravilla: esa fué siempre la suerte de los profetas y de sus profecías, por lo mismo que el orgullo humano

se aviene malamente con lo superior á nuestros mezquinos discursos y reprobables concupiscencias.

El mismo Profeta de los profetas, el mismo Dios humanado para alumbrar y redimir á los hombres, ¿cuántos creyentes tuvo mientras predicó su doctrina anunciando la Redención? Unos pocos, casi reducidos por último á sus Apóstoles, y aun de éstos uno le hizo traición, otro le negó, los demás le abandonaron en el momento del peligro, y hasta deespués de resucitado hubo un Tomás que no creyó.

El Gran Monarca, el Vice-Cristo, como le llama el P. Vieyra, **tiene que pasar por un trance semejante á este del Redentor,** no lo olviden nuestros lectores. *Tres años de doctrina deben ser coronados por una especie de crucifixión moral y por un general abandono, y luégo será el triunfo de la resurrección.*

Volvamos á las profecías, repitiendo conceptos ya expresados en otros capítulos. La Iglesia es perfección de la Sinagoga. Si los judíos tuvieron tantos profetas que con antelación de siglos anunciaron los sucesos religioso-políticos del pueblo de Dios, con más razón los han de tener los cristianos; y si muchos de aquellos profetas anunciaron acontecimientos de los siglos cristianos, con más motivo deben los profetas de estos siglos anunciar aquellos mismos y otros acontecimientos. Porque es herejía decir que en la Iglesia no hay espíritu de profecía, y lo hay mayor que en la antigua Ley. Profetas hubo siempre, hay al presente y habrá hasta el fin del mundo.

Ahora bien; después del Apocalipsis, ¿donde están las profecías de estos profetas, si no son principalmente las que nosotros hemos citado, todas más ó menos directamente aprobadas por la censura eclesiástica, y varias por la Iglesia en general?

Si hay otras, gran bien haría el que las descubriese; y si no hay otras, negar éstas es hacernos muy

inferiores á los judíos que las tuvieron en tan gran número; lo cual, repitámoslo, es blasfemo y herético.

(*Luz Católica*, núm. 121=29 Enero 1903).

El Gran Monarca por plebiscito.

Cosas hay que pasan por ser tradicionales y son verdaderas corruptelas. Hora es ya de hablar claro, amigos, hora de ser monárquicos tradicionalistas españoles y no franceses. Los Borbones importaron de su tierra costumbres de corte que los reyes de la casa de Austria conocían poco y los anteriores nada; costumbres, privilegios, regalías, cesarismos, honores, adulaciones, vicios y abusos tan grandes, que parecían querer convertir á los reyes en seres sobrehumanos, llovidos de un cielo tirano para dominar á los hombres, más bien que para regirlos y proveer al bien común. ¿Queréis pruebas? Leed las crónicas y os las darán á montones; leedlas y hallaréis agravados los cargos que á los reyes exageradores de sus derechos hace Dios mismo en el primer libro de los Reyes, cap. VIII.

Con sus hechos vinieron á decir los Borbones lo que el despótico Luís XIV dijo con hechos y palabras: *El Estado soy yo*. Y no sólo el Estado, sino la nación. No es el pueblo para el rey, sino el rey para el pueblo; pero ellos, en sus obras, casi siempre manifestaron entenderlo al revés. Considerábanse reyes por derecho divino; lo cual es una atrocidad, y estoy por decir que una herejía religiosa y un crimen social. La Autoridad real es de derecho divino; el ejercicio de ella no: la autoridad viene de Dios; el derecho de ejercerla viene del pueblo: es infalible doctrina católica.

El pueblo, por lo tanto, es el que tiene el derecho de confiar á una persona la Autoridad que de Dios procede; y una vez elegida la persona por elección actual, ó por elección virtual como en las monarquías hereditarias, esa persona, ese rey, no es un amo, no es

un señor, es un depositario, un rector, un juez, un padre, que debe anteponer siempre el bien común al bien particular de su persona ó familia. No obrando así, deja de ser rey y se convierte en tirano.

Primero es la Patria que el Rey, primero el derecho de ella sobre él que de él sobre ella. De ahí las Cortes tradicionales españolas, que limitaban el poder real y que los Borbones corrompieron. Esta doctrina, la católica, la tradicional en España, la que siempre defendí, es la que me hizo odioso en las esferas oficiales del carlismo, y lo celebro.

La casa de Borbón ha sido siempre enemiga de estas enseñanzas fundamentales. Abusó, tanto abusó, que Luís XIV y Luís XV fueron los que provocaron la Revolución en Francia, con sus excesos incalificables, y en España la provocaron Carlos III, Carlos IV y Fernando VII. «Después de nosotros el diluvio», decía á Luís XV su querida du Barry; y vino el diluvio, que no por ser de sangre dejó de ser lógico: los reyes sentaron las premisas.

Pues muchos de aquellos odiosos privilegios y despóticas costumbres pasan todavía por ser capítulos de Tradición. Es menester que los españoles abramos, en fin, los ojos y defendamos nuestros derechos de hombres, de cristianos y de españoles, obligando al rey, así sea el Gran Monarca, á gobernarnos como un padre y no como un señor. Désenos un Alfonso V de Aragón españolistamente modernizado, un rey como Aparisi Guijarro lo quería, no un resabiado del absolutismo opresor y engendrador de revoluciones.

Por ese rey han batallado siempre los buenos carlistas, por un rey que hasta los parlamentarios de buena fe, monárquicos ó republicanos, aceptarían de mil amores, cuánto más los integristas. Verdad es que el Integrismo, aparentemente, no es monárquico; su lema es: *Dios, Patria y Fueros;* y al parecer, le halaga más una república católica como la presidida en el

Ecuador por García Moreno, que una restauración monárquica.

Si este espíritu no fuera más aparente que real, el Integrismo no sería tradicionalista, porque el tradicionalismo es monárquico. Cierto que vale más una república católica que una monarquía mal fundada, y más un García Moreno que un César ó Rey señor; pero si el Integrismo viese la posibilidad de establecer una monarquía sólidamente cristiana, un Felipe II renovado, por ejemplo, el Integrismo sería su más decidido apoyo: luego, á pesar de las apariencias, el Integrismo es monárquico lo mismo que el carlismo auténticamente tradicionalista.

Pues bien; el rey que el Integrismo desea, el españolismo se lo ofrece: es el Gran Monarca. ¿Por qué no apoya la prensa integrista la idea del Gran Monorca, aceptada ya por centenares de íntegros, y no menos de carlistas que están en todo al lado de *Luz Católica?* No creo que deje de apoyarla por temor al qué dirán, ni por juzgarla destituída de fnndamento, pues para fundamento sobra el presente libro. Si yo no fuera tan insignificante, le pediría que se ocupara del asunto, y ayudaría á disipar dudas y sombras y á no tomar por cierto lo que no lo es.

Entretanto, y puesto que Integrismo, Carlismo auténtico y Españolismo expresan lo mismo y se dirigen á igual fin, declaro que así el Integrismo como el Carlismo auténtico, no el oficial, no el afrancesado, pueden «contar con el franco y decidido refuerzo del P. Corbató» (1), y esto que digo de ellos y á ellos, dígolo igualmente á los católicos separados de ellos en política.

Conviene insistir en que el Españolismo, con su espíritu de concordia y su Gran Monarca, es lazo de unión de todos los católicos. El españolismo no es

---

(1) Frase de un Sr. Cura Parróco á quien este artículo contesta.

partido; es el espíritu de los partidos genuinamente católicos. Por lo tanto, pone los derechos de la Patria inmediatamente después de los de Dios, es decir, antes que los de todo rey. Su lema es: *Dios, Patria y Derecho.*

Derecho capital de la Patria ó de la Nación es elegirse un rey que la gobierne como Dios manda, según arriba se ha dicho. En el presente estado de cosas, ¿qué rey es el que la Nación quiere? La mayoría de los católicos no quiere ya á D. Carlos; muchos católicos le quieren; otros se inclinan á D. Jaime; otros se quedan con D. Alfonso XIII; otros toman á cualquiera, y otros esperan al Gran Monarca. ¿Qué rey, pues, es el que la Nación quiere? ¿Qué rey puede decir hoy que tiene de su parte la voluntad de la Nación, para ejercer legítimamente la Autoridad? Ninguno.

Ahora bien; si mañana la tuviera uno de ellos, éste sería el legítimo, mientras no se ilegitimase por mal ejercicio, y los demás no tendrían derecho alguno á reclamar. Tampoco, por consiguiente, lo tendrían de impedir que la Nación tratase de ponerse de acuerdo para decidir quién debía ser su rey. Cuando en Occidente hay un cisma horroroso y tres ó cuatro pretenden ser Papas legítimos, la Iglesia se reune en Concilio y les obliga á renunciar, para elegir luégo al que más le convenga.

A eso debiéramos tender todos los católicos españoles; á eso debieran consagrar sus desvelos los que todavía acarician las armas. Si el mero triunfo de las armas de derecho, ya tenemos el derecho en el trono: por las armas vino. ¿Qién admite esto? Luego las armas no bastan; es menester la voluntad de la Nación, y el que no la admita se coloca fuera del derecho.

Parece, pues, que el único medio de arreglar las cosas es una regencia, de uno ó más hombres á la vez, que con unas Cortes legítimamente elegidas celebre una especie de plebiscito para elegir rey. Si D. Carlos

se lleva la mayoría, rey será D. Carlos, ó D. Jaime ó D. Alfonso si la llevan ellos; y á ese rey, impónganle las Cortes un buen código de leyes fundamentales que debe ser el primero en jurar y observar; leyes que corten para siempre los pasados abusos, y hagan del rey un verdadero padre del pueblo. Ese es el derecho de España, y eso quiere el Españolismo.

Las dificultades son terribles, lo sé, no por falta de derecho, sino por sobra de fuerza armada contra el derecho. Sin embargo, no deben arredrarse por esas dificultades los que no se arredran por una guerra civil.

No me hago ilusiones. Todo esto se quedará por ahora en pura teoría, y muchos se burlarán; pero lo que no sepan ó no quieran hacer los católicos, Dios lo hará, Dios lo hará pronto por medio de uno, sea quien quiera; y este uno, regentando el sumo poder, llevará á cabo el proyecto sobredicho, y él mismo será libremente elegido rey por la Nación; y este rey, llámese como se llame, será el Gran Nonarca: tal será el principio del Gran Monarca. Sé lo que digo: ni una palabra retracto.

(*Luz Católica*, núm. 42=18 Julio 1901).

Pero yo veo clarísimamente que las cosas vendrán como no se piensa y por personas en quienes no se piensa. Yo quiero ser de Dios antes que de los hombres; por lo cual, si conociera que D. Ramón Nocedal, D. Alfonso, ú otro cualquiera había de ser el Gran Monarca destinado por Dios á restablecer el orden, me declararía en seguida su primer soldado. Yo peco tan poco en apreciar mal á D. Carlos, como algunos suponen, que si el Gran Monarca hubiera de ser yo mismo, postraríame en presencia de mi Dios y le diría:

«Señor, por Don Carlos de Borbón y Austria y por su augusta Esposa os he ofrecido mi vida varias veces; Señor, ¿no podría mejor que yo responder D. Carlos

á vuestro llamamiento? Señor, llamad á él, llamadle, y muera yo olvidado de los hombres si es menester; llamadle pronto, Dios mío, y triunfe con él vuestra España y por España vuestra Iglesia».

Publico lo que tengo en el corazón; otras veces lo he publicado ya. Y es que mi patriotismo no es de partido, sino de Patria: soy español y españolista. Mi patriotismo españolista no es de hoy, no es tan nuevo como algunos quieren suponer. De niño lo defendí con las armas, batiéndome como un veterano; de estudiante lo acaricié en composiciones literarias; y si entonces y después he pronunciado un panagírico del Padre Granada, de San Vicente Ferrer ó de otros, el patriotismo de ellos me ha servido de tema, y jamás he olvidado el mío predicando de la Inmaculada Patrona de mi Patria. Es el alma de todos mis escritos: yo quiero ser santo, yo pido á Dios que me haga santo; pero no he de serlo como San Luis Gonzaga, sino como San Hermenegildo ó San Fernando: tengo afición á unir la cruz con la espada.

(*Luz Católica*, núm. 25=31 Marzo 1901).

II

El hombre providencial del carlismo.

¿Será Don Carlos el hombre?

¡Quantum mutatus ab illo! En la Comunión Tradicionalista no hubo un miembro, ni uno solo, que no creyese firmemente en la venida del Gran Monarca. Cierto que no todos admitían ese nombre; pero el nombre no hace la cosa: admitían lo sustancial; admitían á cierra ojos y con su sangre defendían el deseo nacional, la esperanza nacional en un Restaurador que debía traernos la paz y la ventura, y extender su imperio á los pueblos latinos de uno y otro continente, como el mismo D. Carlos nos ha dicho.

En efecto, pues, todos los carlistas se batían ó trabajaban por la venida del Gran Monarca, diéranle este nombre ú otro á su gusto. ¿Rechazará algún carlista, que no esté loco, el testimonio del inmortal Aparisi Guijarro? Pues he aquí lo que escribía Aparisi Guijarro:

«Llegaba á París con el corazón apretado y temeroso. ¡Si será D. Carlos el Rey que necesita España!... Dije en las Cortes: *Se espera al hombre; no se sabe cuándo vendrá, si antes ó después de la Rovolución; pero se sabe que vendrá.* ¡Si será D. Carlos ese hombre!...

»Llegamos, por fin, á la Babilonia moderna, y eché pie á tierra, siempre pensando: ¿Si será D. Carlos el hombre...? Tan pronto como llegué fuí á buscarle... Me atrevo á saludar en D. Carlos de Borbón y de Este á la esperanza de España.

»España necesita un hombre de sólido entendimiento y de gran corazón, y este hombre necesita de la asistencia de Dios; porque nunca quizá hubo en ningún país empresa más temerosa que acometer, ni tampoco más alta gloria que ganar...

»Esto se va, todo esto se va; fijad la vista en el Congreso, en Madrid, en las provincias; ¿no estáis viendo como se va? Yo sé, ó creo saber, como esto que se va *podría durar algún tiempo para desdicha de España... (El Rey de España).*

»¿Cómo se forma la constitución íntima de un pueblo? Si me lo preguntáis, contesto: ¿Y qué se yo? ¿Cómo se forma la lengua de un pueblo? ¿Lo sabéis vosotros? ¿Cómo se forman los metales en las entrañas de los montes? De una semilla perceptible apenas, ¿en qué manera nace y crece un árbol robusto y hermoso que da sombra á la tierra, nido á las aves y frutos al hombre?

»Aquellas tengo por grandes Constituciones, cuyos padres no son conocidos: *vulgo concepta* ¿Quiénes hicieron tal Constitución? Los siglos. Buenos y grandes padres, de quienes nacen hijos largamente vivideros.

»No siempre son los siglos; á veces se levanta un hombre y constituye á un pueblo; pero este hombre no es como los demás hombres: á los ojos del pueblo aparece *predestinado.*

»Tiene *misión*, como el mismo Rousseau confiesa. Hay en su frente una aureola ante la cual el pueblo se inclina. Baja de la montaña entre relámpagos y truenos, y después de conversar con Dios, da á los hombres una ley que sobrevive á grandes imperios y á largos siglos.

»Lo que hace principalmente el hombre *predestinado,* si bien se considera, es fijar y realzar lo que ya vivía en las costumbres del pueblo; extirpar abusos, sin tocar á la cosa, como se podan las ramas secas ó el pimpollo vicioso del árbol sin herir su tronco; y levantar aquel pueblo y empujarle por los caminos ó á la empresa á que por sus condiciones naturales parece formado. De suerte que el gran legislador es un publicador y perfeccionador, en buena parte al menos, de la obra de los siglos.

»Un rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; un rey debe gloriarse, además, con el título especial de *Padre de los pobres* y *Tutor de los débiles*... ¿Qué puede apetecer en el mundo un rey cristiano, sino el bien de su pueblo? *(Restauración)*».

Eso escribía Aparisi Guijarro, convencido más que nadie de la necesaria venida del Gran Restaurador que debe renovar la España; pero oprimido muy pronto por crueles desengaños, despedíase «*hasta la eternidad*» del hombre en quien cifró sus esperanzas, y poco después le escribía una exposición de queja con Navarro Villoslada, Canga Argüelles y Gabino

Tejado, en la que se leen párrafos que durarán tanto como la memoria de tan insignes carlistas.

«De seguir las cosas como van,—le decían entre otras cosas muy graves,—*la causa carlista, humanamente hablando, está perdida*; que algunos con leales intenciones, y de esto no dudamos, *la están desdichadamente perdiendo*; que la causa en sus manos *no tiene grandeza moral*: que la inclinación de muchos hombres, y aun de clases, que un tiempo se notaba hacia el campo carlista, se ha detenido, ó por hablar mejor, *ha retrocedido*; y sobre todo, que está apuntando una doctrina funesta con la cual nosotros no podemos transigir, porque *el cesarismo está condenado como lo está el liberalismo*, por la Iglesia, por la dignidad humana y por el sentido común.

»El partido carlista, Señor, no es sólo un partido político, es un partido católico, ha enlazado su causa con la del Catolicismo; recibe su fuerza del estandarte que lleva en sus manos. Por eso los carlistas estamos obligados á ser mejores, para honrar ese estandarte: obligados á obrar en todos casos con mayor justicia, con mayor prudencia, con mayor dignidad, con mayor decoro; porque si así no lo hiciéramos, no perjudicaríamos meramente derechos personales ó políticos, sino los grandes, los permanentes, los santos intereses de la Iglesia Católica.

»El criterio de todos nosotros, comenzando por V. M., no es preguutar é indagar *qué es lo que conviene al Rey*, sino preguntar é indagar *qué es lo que conviene á la Iglesia de Dios*».

El hombre que se necesita.

Uno de los firmantes de la sobredicha exposición, D. Francisco Navarro Villoslada, varón casi tan eminente como Aparisi Guijarro, publicó un artículo que se ha reimpreso millares de veces y que aun hoy los carlistas leen con entusiasmo. Palpita en él la idea patria, la idea del Restaurador futuro, del Gran Monarca, como dicen los Profetas, ó de *El hombre que se necesita*, como dice el autor del artículo. Helo aquí:

«¡No ha de haber un hombre que nos saque de la anarquía en que vivimos!

Tal es la exclamación que se escapa de todos los labios, que se oye en todas partes. ¡No ha de haber un hombre!...

Reparadlo bien: es una frase hecha y nadie altera sus tér-

minos ni su construcción gramatical; y cuando una frase sale de igual modo por todos los labios, señal es indefectible de que una idea predomina en todas las inteligencias, un sentimiento en todos los corazones.

Seguid reparando: se dice «un hombre» y no se dice «una mujer». La frase es construída de este modo: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía! Y es que cuando la necesidad apremia, cuando un pueblo necesita gobierno, todos somos monárquicos, todos, sin exceptuar siquiera los mismos republicanos, que usan el lenguaje común y apelan á la frase hecha por el pueblo y para el pueblo, construída por todos los entendimientos y por todos los labios repetida. ¡No ha de haber un hombre! ¡Oh fuerza de la necesidad! ¡Oh poder del instinto de salvación! ¡Oh poder!, permítasenos el decirlo, ¡oh poder del poder verdadero! Se necesita un hombre, porque el poder es uno; poder dividido no es poder.

Sigamos, pues, observando cómo en momentos críticos, en circunstancias angustiosas, no sólo somos todos monárquicos, los republicanos inclusive, sino que somos monárquicos puros. No hay nadie que en tales días se atreva á ser monárquico constitucional.

Y esta no es sutileza ni ingeniosidad, ni sofistería, no. Cuando por abundancia de corazón y dejando exhalar la voz de la conciencia, se dice: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía! suele añadirse por comentario de la frase: un hombre que nos haga entrar á todos en vereda, un hombre que nos ponga á todos una mordaza, un hombre que nos traiga el orden, auque para el orden eche mano de una vara de hierro. ¡No se necesita tanto! Suspiramos todos por un hombre que sea para toda la nación y no para uno ni dos ó tres partidos; un hombre que mande con justicia, que gobierne con la moral del Evangelio, que administre con el orden y armonía de un buen padre de familia.

España necesita un hombre que sea hijo de las entrañas de la Patria, que tenga los sentimientos hidalgos y generosos del pueblo español; su ardiente fe, su valor caballeresco, su constancia tradicional.

Se necesita un hombre que diga al padre de familia: «Tú eres el rey de tu casa»; y al Municipio: «Tú el rey de tu jurisdicción»; y á la Diputación: «Tú la reina de la provincia»; y á las Cortes: «Yo soy el rey». Vengan aquí las clases todas de que se compone mi pueblo; venga el clero, la milicia, la nobleza, el comercio, la industria, y venga la clase más numerosa y necesitada de todas, ó mejor dicho, la clase de los pobres; vengan todos á exponer sus quejas, sus necesidades; pero tened entendido que aquí no mandan los sacerdotes, los

nobles, los militares, los abogados, los banqueros, los comerciantes, los industriales ni los jornaleros: el rey soy yo.

»Yo á la Iglesia le daré libertad y protegeré su independencia; yo no nombraré ningún obispo ni cura párroco; yo dejaré en libertad á toda Comunidad religiosa para que se establezca en donde quiera, con tal que no pida al Estado más que amparo y libertad.

»Yo daré libertad á la industria, á las artes, al comercio, á las ciencias y á las letras, libertad y protección á la propiedad; y á los pobres el pan del orden de las economías y del trabajo, que es su verdadera libertad.

»Abogado, á tus pleitos; no busques en los bancos del Congreso clientela, si no has sabido buscarla en el foro; médico, á tus enfermos; no vengas á matar con discursos políticos á los que puedes curar con tus recetas: escritorzuelo, á la escuela; aprende primero lo que te propones enseñar; empleado, á tu oficina, pues el Estado te paga para que sirvas á la nación, no para que medres en los bancos del Parlamento; y á trabajar todo el mundo, que la política está siendo la ley de los vagos y de la trampa.

»Yo reduciré á la tercera parte los empleos que hoy se pagan y reduciré la clase de cesantes con sueldo, empleando á todos sin distinción de colores políticos, por orden de antigüedad y manteniendo en su empleo á cuantos lo sirvan con inteligencia y probidad, aunque hayan sido progresistas, moderados, republicanos; yo reduciré asimismo los presupuestos y os daré el ejemplo de modestia para que gocéis el fruto de las economías. Yo pagaré las deudas que el liberalismo ha contraído y procuraré no contraerlas más.

»Yo me pondré á la cabeza del Ejército; yo llamaré á los sabios á mi país, las letras y las ciencias á mi palacio y los pobres á mi mesa.

»Yo lo perdonaré todo, lo olvidaré todo; quiero ser padre antes que rey, mis brazos primero se extenderán para abrazar que para mandar».

Este es el gobernante cristiano, este es el príncipe católico, este es el hombre que se necesita, el hombre que piden de lo íntimo del corazón cuantos en las angustias de una situación, cuyo origen quisiéramos olvidar y cuyos tormentos no quisiéramos ver, exclaman: ¡No ha de haber un hombre que nos saque de esta anarquía!

¡Hombre ciertamente deseado! ¡Hombre verdaderamente popular! ¡Hombre exigido por el sufragio universal de lágrimas y sollozos universales! ¡Hombre libertador, que vale mucho más que liberal; pacificador, y, por lo tanto, enemigo de ese constitucionalismo, que es la guerra inevitable, esencial,

orgánica entre los que mandan y deben obedecer; guerra entre el Rey y el súbdito, guerra entre la nación y los partidos, guerra de los partidos entre sí, guerra sin tregua ni reposo, y cuyos gastos forman ese abismo sin fondo que se llama deuda perpetua.

No lo neguéis: vosotros, republicanos, cuando apeláis al *salus populi*, pedís un déspota; vosotros los progresistas, cuando enarboláis un palo, pedís un dictador; vosotros, unionistas, cuado esgrimís el látigo, llamáis á un amo; pero como vuestros labios están hechos al sentido liberal, no aciertan á modular el lenguaje cristiano. Os equivocáis; esos no son los sentimientos de vuestro corazón. Vuestro corazón, como el nuestro, como el de todo el pueblo español, pide, no un amo, ni un déspota, ni un dictador: pide un rey, un rey que reine y gobierne, un pacificador, un libertador, un príncipe cristiano.

El rey que sepa serlo, que gobierne con derecho, con justicia, con moralidad, con equidad y sin agobiar á los pueblos bajo la losa de tantos y tantos impuestos, ese tiene ya en su favor la popularidad más augusta, sufragio irresistible, y en este concepto el único sufragio soberano.

Tal es el hombre que se necesita».

Palabras y burlas.

Pues ese hombre del programa y de la historia carlistas, de las previsiones y esperanzas carlistas, de los sacrificios y de la sangre carlistas, de la fe y la constancia carlistas, ese hombre que no sólo es el deseado de los carlistas, sino de todo buen español, vendrá tal como lo pide el instinto nacional, tal como los carlistas lo defendimos cuando todos militábamos en un solo campo. Vendrá, sí, y si algún carlista lo duda, pregunte á Mella qué opina sobre el caso, y Mella, no pudiendo menos de ser sincero, le responderá que la esperanza en el hombre providencial, en el *predestinado*, que diría Aparisi, es el alma de sus brillantes discursos, y señaladamente lo fué de los que poco ha fué pronunciando por Cataluña, después de aquel su fracaso en Barcelona, que terminantemente y más de una vez predijo *Luz Católica*.

Pero Mella conoce bien las cualidades personales